
Las luces de Hidalgo y de Abad y Queipo*

Carlos Herrejón Peredo
El Colegio de Michoacán

Cuando estalló la revolución de independencia en la Nueva España, septiembre de 1810, no pocas gentes caían en la cuenta de varias coincidencias: ¿No era Hidalgo, cabecilla de aquella revuelta, un clérigo del obispado de Michoacán, en cuya capital Valladolid se había descubierto una conspiración el año anterior? ¿no era su prelado y amigo el obispo Abad y Queipo, que tenía fama de reformador y liberal, y acababa de estar en Francia? ¿no se decía que el clero de Valladolid “empezando por la mayor parte de los prebendados de su catedral han apoyado las ideas revoltosas y disparatadas del cura Hidalgo”¹ ¿no era el mismo obispado de Michoacán donde cuarenta años antes se había presentado resistencia violenta a varias medidas del despotismo borbónico? Por todo ello no faltó quien concluyera: en Valladolid todos son insurgentes, y como prevención general y práctica se divulgó el dicho: “A los de Valladolid, la cruz”, como si fueran el demonio mismo.²

Obviamente se exageraba en la generalización, mas los sucesos inmediatos fueron confirmando mucho de verdad a aquella conclusión. Al obispado de aquella ciudad pertenecieron Hidalgo y Allende, Morelos y Rayón, Berdusco y

* Ponencia presentada en el coloquio *L'Amérique Latine Face a la Révolution Française*. París, La Sorbonne, 28-30 junio, 1989.

Liceaga, los Abasolos, los Aldamas, y hasta el realista y trigarante Agustín de Iturbide. Además, notables sucesos de la guerra de independencia ocurrieron en el territorio de aquella diócesis: el Grito de Dolores, gran parte de la ruta de Hidalgo, la instalación de la Suprema Junta de Zitácuaro, los baluartes de Tlalpujahua, Yuriria, Cópore, Jaujilla y el Sombrero; la incesante guerrilla, los sitios de Valladolid, y, en fin, la constitución de Apatzingán.

Tales recurrencias me han sugerido la conveniencia de examinar algunos aspectos del proceso revolucionario de independencia sobre todo en su fase preparatoria, a través de dos personajes íntimamente vinculados al obispado de Michoacán: Miguel Hidalgo y Costilla y Manuel Abad y Queipo. Consciente del sinfín de limitaciones que esta selección comporta, lo soy también de las ventajas que conlleva: dentro del panorama de la Nueva España, sobre el horizonte de la crisis general del imperio español, puede ésta dibujarse con mayor precisión en una de sus partes. Y aunque se trate de dos o tres individuos, no son ellos en gran medida sino resonancia de muchas otras voces y reflejos de distintas luces de cerca y de lejos.

Así pues, en aquel rincón del imperio español llamado Valladolid de Michoacán, se celebraba en febrero de 1791 la jura del nuevo monarca español, Carlos IV. El alférez de la ceremonia era un criollo pudiente, José Bernardo Foncerrada.³ Apenas hacía seis años había expresado una fuerte inconformidad contra los europeos y contra el rey por haberle sido negada la plaza de regidor en el ayuntamiento local, otorgada en cambio a un español. Si Foncerrada “contase con mayores medios —decía un testigo— era capaz de hacer una revolución”.⁴

Lo de Foncerrada sólo era un caso entre miles, pues se trataba de “la antigua división y arraigada enemistad entre

europesos y criollos, enemistad capaz de producir las más funestas resultas".⁵ El antagonismo se había recrudecido al compás de las reformas borbónicas que significaron una segunda conquista de los reinos de ultramar.⁶ Ya desde 1781 un comisionado regio había advertido en conciso análisis:

Los criollos se hallan en el día en muy diferente estado del que estaban algunos años ha. Se han ilustrado mucho en poco tiempo. La nueva filosofía va haciendo allí muchos más rápidos progresos que en España. El celo de la religión que era el freno más poderoso se entibia por momentos. El trato de los angloamericanos y extranjeros les ha infundido nuevas ideas sobre los derechos de los hombres y los soberanos; y la introducción de los libros franceses, de que hay allí inmensa copia, va haciendo una especie de revolución en su modo de pensar. Hay repartidos en nuestra América millares de ejemplares de las obras de Voltaire, Rousseau, Robertson, el Abate Raynal y otros filósofos modernos que aquellos naturales leen con una especie de entusiasmo.

No debemos persuadirnos que si hubiera un levantamiento con especialidad en las provincias marítimas dejarían de encontrar apoyo los rebeldes. Los ingleses se vengarían entonces del agravio que creen les hemos hecho declarándonos a favor aunque indirectamente de sus colonias. Los franceses, que no piensan sino en extender su comercio a expensas del nuestro...los sostendrían por debajo de cuerda.⁷

Uno de aquellos americanos que había recibido aires de ilustración y tenía aguda conciencia de su criollismo, también había asistido a la jura de Carlos IV llevada a cabo por la ciudad de Valladolid de Michoacán. Era un teólogo, desempeñaba el puesto de rector del Colegio de San Nicolás y respondía al nombre de Miguel Hidalgo y Costilla. También él, como todos los representantes de las corporaciones e institutos, prestó el juramento de fidelidad.

En realidad Miguel Hidalgo no era a la sazón un lector de los autores nominalmente señalados por el comisionado regio. Como la mayor parte de los teólogos ilustrados de aquel entonces, Hidalgo se ubicaba dentro de la ilustración católica. Pugnaban ellos contra dos enemigos: el escolasticismo decadente y la irreligiosidad del siglo. Querían una teología positiva, esto es, más fincada sobre las fuentes bíblicas, patristicas y magisteriales, más crítica e histórica, menos especulativa. Sin salirse de la ortodoxia era también “una especie de revolución en su modo de pensar”. En particular Hidalgo leía con preferencia a teólogos como Jacinto Serry, Carlos Billuart, Juan Lorenzo Berti y Luis Gotti; y a los historiadores Gravesson, Fleury y Millot. También gustaba de leer –y aun traducir– a La Fontaine, a Racine y a Molière. Inclusive, cuando a la vuelta de un lustro Hidalgo ya era párroco de San Felipe Torresmochas, puso en escena algunas obras de Molière, particularmente el *Tartufo*. Muy aficionado a la música, tocaba el violín, organizó una orquesta y se instruía en el *Nouveau système de musique theorique* de Rameau anotado por D’Alembert.⁸

Tan dado era Hidalgo a leer teólogos e historiadores galos, así como a difundir el teatro y la música franceses, que pronto fue bautizado su curato como la “Francia Chiquita”. Y aunque su amplitud de criterio y su carácter festivo e ingenioso lo hacían aparecer a los ojos de algunos como menos recatado, el juicio de la autoridad eclesiástica y civil le era muy favorable: “...es de genio suave y uno de los mejores teólogos del obispado”; entra en el corto número de los eclesiásticos “que sobresalen”, ... “que por su conocida carrera literaria, talentos, virtud y dotes laudables merecen el mejor concepto”, y son por consiguiente, “acreedores a cualquier gracia”.⁹

Mientras tanto, la gran Francia se sacudía con graves acontecimientos. El gobierno español dirigido por Florida-

blanca había impuesto el más absoluto silencio sobre aquellos sucesos, temeroso de que en España o en sus dominios cundieran como ejemplo. Sin embargo, diversas presiones acarrearón la destitución de Floridablanca en febrero de 92. Con ello amainó un tanto la reserva sobre los acontecimientos de la Revolución y sobre autores franceses anteriormente prohibidos. De tal modo, a lo largo de ese año fueron entrando a España diversas noticias de los cambios ocurridos. Tanto más, cuanto que a partir de la Constitución Civil del Clero, en noviembre de 1790, muchos sacerdotes y obispos emigraron a España donde fueron bien recibidos.¹⁰

Hacia fines del año de 92 es muy probable Hidalgo estuviese enterado, al igual que muchos otros en la Nueva España, del derrocamiento de Luis XVI y de la instauración de la república. La noticia confería actualidad a una vieja cuestión de la escolástica, conocida por Hidalgo: las formas de gobierno; tema este que no podía dejar de relacionar con sus conocimientos históricos: los cambios en las formas de gobierno eran posibles, reales y múltiples. La inquietante reflexión se transformó en sorpresa cuando al romper la primavera de 1793 llegó a la Nueva España la funesta noticia de la decapitación de Luis XVI. En mayo la *Gazeta de México* publicó el testamento del rey y en junio la declaración de guerra a Francia.¹¹

El regicidio era otro tema abordado por varios teólogos, particularmente de la escolástica española, bien que el despotismo ilustrado, desde la expulsión de los jesuitas, había procurado eliminar de cátedras y bibliotecas a Francisco Suárez, el connotado tratadista del tiranicidio. El intento fue vano, porque en virtud del método escolástico, muchos otros autores exponían la doctrina suareciana. Tal vez Hidalgo no leyó directamente al célebre jesuita, pero sí conoció sus

doctrinas a través de teólogos que ciertamente leía, como Billuart.¹²

El prelado de Hidalgo, el obispo San Miguel, parece fue el primero del episcopado novohispano que públicamente trató el asunto en una carta pastoral fechada en Valladolid de Michoacán el 10. de julio de 1793. Comienza arremetiendo contra “las numerosas turbas de estos filósofos libres...congregación de inicuos, parte infecta de la nación francesa”, que con seducción y manejos criminales hace “la guerra más inhumana y cruel a la iglesia católica”, destruyendo y trastornando “todas las naciones e ideas recibidas de subordinación, de buenas costumbres y de religión, con que hasta entonces se habían hecho felices y respetables los franceses”. Pasa luego el obispo a calificar la decapitación de Luis XVI: “el delito más atroz y execrable; delito que ha manchado para siempre toda la gloria de una nación augusta”. Denuncia en seguida la labor de los agentes revolucionarios esparcidos por diversas naciones, aduciendo que las victorias de la Francia revolucionaria “se debían más bien a la seducción que a la fuerza”. En tal forma, a Francia se le ha formado “un concepto excesivo de su poder, a una nación tan susceptible de estas impresiones por la ligereza y presunción que le son características”. Expone el obispo la necesidad de que los clérigos colaboren en la guerra, contribuyendo económicamente, por sí mismos y exhortando a los fieles para ello. Concluye con una muy concreta disposición administrativa: todos los excedentes de varias corporaciones religiosas (hermandades, congregaciones y cofradías) se aplicarán a los gastos de la guerra.¹³ Me he detenido en esta carta pastoral, porque además de ser conocida y apreciada por futuros insurgentes, da el tono, en cada aspecto tratado, de otras muchas pastorales tanto de España como de sus colonias.

Hidalgo, pues, recibió a los pocos días la pastoral y hubo

de ocuparse en reunir el dinero solicitado, amén de su donativo personal, grano de arena en la importante suma de millones que pronto enviaba el virrey a la Península.¹⁴ Tampoco tardó en enterarse el cura de San Felipe de que el cabildo eclesiástico de Michoacán había promovido una solemne procesión y rogativas especiales: “para que su Divina Majestad conceda a nuestro católico monarca acierto en sus providencias y felicidad a sus armas en la guerra contra la Francia”.¹⁵

Se desató entonces, atizada oficialmente, una intensa francofobia en todo el imperio español. En Valladolid de Michoacán se expresó mediante unos versillos que dicen así:

A la iniquidad francesa:

Si al rey del cielo hubiera conocido
el pueblo hebreo, lo hubiera respetado;
mas si el hebreo francés hubiera sido,
él lo hubiera otra vez crucificado.

De todo esto se infiere en buen sentido
que es el pueblo francés tan depravado,
que por ser con el suyo tan impío,
es peor el ser francés que el ser judío.¹⁶

Sin embargo, la admiración por la cultura francesa y la afición a leer libros de aquella nación no menguó en Hidalgo ni en muchos otros. Al contrario, la actualidad de los acontecimientos provocaba un mayor deseo de saber y de abreviar en las fuentes mismas. Por lo demás, la arraigada discordia entre criollos y peninsulares no dejó de hallar ocasión entonces para que los primeros vieran en la revolución francesa otro ejemplo —luego del norteamericano— que los invitaba a sacudir el yugo del despotismo.

Clara muestra de ello fue que a la vuelta de un año, por

agosto de 1794, aparecieron en la ciudad de México varios pasquines que aplaudían la Revolución Francesa. Uno de ellos decía lo siguiente:

Los más sabios
son los franceses.
El seguirlos en sus
dictámenes no es absurdo.
Por mucho que hagan las leyes
nunca podrán sofocar los gritos
que inspira naturaleza.¹⁷

Tales pasquines pusieron en alarma al virrey, que instrumentó averiguaciones y como resultado de ellas se descubrió una conjura que por su deficiente organización e inmediata sofocamiento no tuvo trascendencia. Mas la simpatía por la Francia revolucionaria no se reducía al anonimato de los pasquines. En el corazón mismo de una institución clerical como el Seminario de México había quienes en 1794 se manifestaban adictos “a las máximas de los franceses”. Uno de ellos tenía por falsas o tendenciosas las noticias de las gacetas sobre Francia. Otro de ellos hasta rezaba por la victoria de los franceses contra España. Uno más aplicaba al caso del derrocamiento de Luis XVI la doctrina tradicional de la escolástica sobre el pacto y la deposición del tirano. Finalmente uno llamado Juan José Pastor Morales, originario de Michoacán, hablaba “sobre aprobar o defender la muerte del rey y también sobre la autoridad de los pueblos cuando el rey no cumple”. Afirmaba que un gobierno como el revolucionario de los franceses era “el más útil para la felicidad de los pueblos”. Criticaba especialmente “la exaltación del excelentísimo señor Godoy al ministerio, y como sospechosa y escandalosa la amistad de éste con nuestra reina”. Consi-

guientemente “se alegraría que los españoles hicieran con el pícaro peruétano del rey, que nos tiene tan oprimidos, lo mismo que habían hecho los franceses”.¹⁸

Curiosamente el susodicho Pastor Morales era oriundo de Huaniqueo de Michoacán, un pueblo vinculado al Colegio de San Nicolás. Hidalgo en su tiempo de rector conoció a la familia de Pastor Morales y hubo de enterarse del proceso que se le inició a él y a los demás seminaristas. Por su corta juventud e influencias el castigo, al parecer, no pasó a mayores.

Al año escaso de tales sucesos, en una población del mismo obispado de Michoacán, a medio camino entre Valladolid y San Felipe, llamada Villa de Salamanca, se hacían pesquisas inquisitoriales, porque en el convento agustino del lugar se había visto el libro *El desengaño del hombre* de Santiago Felipe Puglia, obra publicada en Filadelfia en 1794.¹⁹ El contenido del opúsculo es un severo ataque al despotismo. Aunque breves, las alusiones a la Revolución Francesa son definitivas, como ésta:

¡Pueblos amados que todavía no tenéis la noción agradable de una completa libertad! Dios permita que la tengáis con aquel énfasis y resolución que muestra al día de hoy la pulida nación francesa. No tengo la menor duda que la misma hará frente y desbaratará a cuantos enemigos se le paren delante; y vivo en la confianza que al pie de su gloriosa victoria caerán quebrados todos los cetros, coronas y solios de la tierra. Consuelo y protección aguarden aquellos que quisieren emprender la misma vereda que ella pisó para llegar al descansado Parnaso de la libertad, siendo cierto que no les costará la mitad del trabajo que ella ha pasado y tiene todavía de pasar.²⁰

Los sucesos de la guerra no fueron favorables a España. La prensa novohispana procuró paliar las derrotas. Pero al

publicar el tratado de paz de Basilea en diciembre de 1795, quedó claro a los criollos que los millones de pesos enviados a la Península no habían sido utilizados con éxito. Al mismo tiempo se confirmaba delante de los criollos el desprestigio moral de Carlos IV, pues no pocos gachupines estaban vinculados con los enemigos de Godoy cuyo encumbramiento criticaban sin dejar de señalar la escandalosa relación con la reina.

Todo lo ponderaba Hidalgo desde su Francia Chiquita a la luz de sus libros y experiencias. Hubo además el conocimiento, a través de relaciones orales, de un hecho local ya pasado, pero muy significativo. En 1767 un clérigo de la vecina parroquia del Valle de San Francisco se había levantado en armas, instando a los feligreses a liberarse de la corona uniéndose con otros poblados, San Felipe entre ellos. El clérigo se llamaba Juan Eduardo García Jove y no excluía la posibilidad de pasar a cuchillo a los españoles. La revuelta no prosperó, porque García Jove en el momento decisivo se declaró loco. El intento no era tan estrafalario, puesto que se inscribía dentro de una serie de revueltas contra el despotismo de varias medidas borbónicas.²¹ En todo caso, la memoria de aquel conato, emprendido por un clérigo como él, se sumó a las cuentas de Hidalgo. Comenzó entonces a declarar sin ambages la necesidad de la independencia, a discutir sobre cuál es la mejor forma de gobierno si el republicano o el monárquico, a comentar con libertad los sucesos de Francia, particularmente sobre el regicidio, y en fin, a criticar abiertamente al gobierno español, tachándolo de déspota: “siente mal de nuestro gobierno” decían desde entonces algunos conocidos. Y añadían que aquel cura “se lamentaba de la ignorancia en que estamos y superstición en que vivimos, como engañados por los que mandan”.²²

La expresión de ese malestar ya se había generalizado:

“sobre lo que todos hablan”, dice un testimonio en torno a esos mismos juicios. Pero el que los asumiera un hombre del prestigio de Hidalgo cobraba especial significado, pues era tenido como “como hombre doctísimo y de mucha extensión”, “uno de los más finos teólogos de esta diócesis”, estimado como “el mejor teólogo de esta diócesis”, según testimonio unánime de sus contemporáneos.²³

Uno de ellos, con quien Hidalgo había entablado relación cordial y amistosa desde los días de su rectorado no era criollo. Se llamaba Manuel Abad y Queipo, fungía como juez de testamentos y capellanías en Valladolid y era hombre de confianza del obispo San Miguel.²⁴ Hábil, inteligente y de gran capacidad de trabajo, también participaba de corrientes de la ilustración. Pero no sólo de la ilustración católica. Abad también leía a Montesquieu, a Pope, a Rousseau y a Smith, autores de los que no hay certeza fuesen leídos por Hidalgo. Abad por otra parte fue un eximio conocedor de la realidad novohispana; quería y propugnaba junto con su prelado la reforma de las instituciones, manteniendo empero, tanto la dependencia de España como algunos privilegios de la Iglesia. Por ello, cuando en 1799 se calibraron las consecuencias de una nueva legislación que mermaba la inmunidad eclesiástica, Abad redactó por encargo de San Miguel una vigorosa representación ante el rey en que impugnaba esa merma. El alegato del clérigo no se sustentaba sobre argumentos teológicos o canónicos, sino en la necesidad de preservar el orden social, conservando el fuero de los eclesiásticos, los más eficaces mantenedores de ese orden. Citaba a este propósito a Montesquieu y por otra parte refería cómo un antecedente de la crisis de la monarquía en la Francia revolucionaria había sido la anulación previa del fuero eclesiástico. Había en cambio la necesidad de tomar otras medidas que la mismo tiempo concurrían a mantener la tranquilidad de los dominios

y fomentaban su bienestar. Tales eran la supresión de tributos y el establecimiento de varias reformas agrarias de signo "liberal y benéfico".²⁵

El cabildo eclesiástico de Valladolid hizo suyo el alegato de Abad suscrito por el obispo. Hidalgo, como la generalidad del clero michoacano, conoció y aplaudió la representación. En esos días el cura de San Felipe se ocupaba en adquirir y arreglar unas haciendas en el oriente de Michoacán. Aunque no era del clero alto, tampoco lo era del bajo. Hallándose, pues, en el rumbo de las recién adquiridas propiedades, concurrió a un convivio con otros clérigos. Departiendo con ellos, criticó con desenfado creencias y opiniones teológicas o históricas que no eran artículos de fe, pero pasaban como persuasión común. Al tratar de impugnarlo un fraile mercenario, Hidalgo lo puso en ridículo. El fraile resentido lo acusó entonces a la Inquisición. El contenido de la acusación era sobre puntos propiamente religiosos: que si hablaba con desprecio de ciertos autores, que si criticaba a determinados pontífices, que si tal texto de la Biblia era probatorio de tal dogma o no. En realidad aún desde el punto de vista teológico las acusaciones no eran graves. Entre los testimonios aducidos se llegaron a mencionar, pero sólo de paso, aquellos otros juicios que sostenía Hidalgo en materia política: contra el gobierno despótico y a favor de la libertad francesa. Sin embargo, ni las acusaciones primordiales de corte teológico ni las breves alusiones a su mentalidad política fueron consideradas base suficiente para continuar el proceso. Ni siquiera se le requirió y el expediente fue archivado.²⁶

A los pocos años la Inquisición recibió denuncias contra otro prominente clérigo michoacano, Manuel de la Bárcena, rector a la sazón del Colegio Tridentino de la misma ciudad de Valladolid. Se le acusaba a éste sobre algunas proposiciones teológicas disonantes; pero además, no de paso sino de

manera formal se le acusó de leer estos autores: Montesquieu, Buffon, Pope, Maintenon, Rousseau y Milton; y de externar ciertos juicios políticos: que los monarcas lo eran en virtud del pacto social; que era mejor el gobierno republicano; que el hombre no podía renunciar a su libertad (esto, a propósito de que los franceses se habían sometido a Bonaparte; que las leyes son como las telarañas, en donde las moscas que llegan se enredan, pero si llega un toro, las rompe; que era necesaria la libertad de imprenta; que conforme a doctrina escolástica el tiranicidio podía ser lícito; y en fin, que habría que suprimir tributos y alcabalas.²⁷

Este proceso contra Manuel de la Bárcena tampoco prosperó. Los fundamentos no eran suficientes, y además el denunciado contaba con altas influencias, desde luego la del propio Abad. Bárcena casi era criollo, simpatizaba con Hidalgo, había colaborado con Abad en la representación de 1799 y acababa de ayudarle en la confección de otra, dirigida esta vez al virrey y fechada en Valladolid en octubre de 1805. El escrito respondía a una real cédula de 1804 sobre consolidación de vales reales.

Aquella cédula mandaba “que todos los capitales de capellanías y obras pías ingresasen en el tesoro real, previendo las exhibiesen ejecutivamente los que los reconociesen a censo”. En España eran pocos los censatarios, en cambio en la Nueva España “la mayor parte de los labradores y propietarios de fincas rústicas y urbanas eran censatarios de cantidades inmensas; y como todos a la vez y casi a un tiempo debían redimirlas, ninguno podía aprontarlas sino a costa de inmensas pérdidas y de costosos sacrificios”.²⁸ Abad y Queipo a nombre de labradores de Michoacán impugnó atinadamente la aplicación de aquella cédula, señalando con claridad los gravísimos inconvenientes que se seguirían.²⁹ Otras representaciones se elevaron, mas ninguna fue atendida por

aquellos años. El desasosiego, el descontento y la indignación cundieron a tal grado, que “entre las causas que más contribuyeron a fomentar el disgusto de los mexicanos con la dominación española, una de ellas fue la real cédula de amortización para la consolidación de vales reales”.³⁰

La demanda de tales exacciones venía de muy lejos. La alianza con Francia tenía altos y diversos costos. Uno fue el estipulado en el tratado de subsidios de 1803, por el cual España se comprometía a enviar una fuerte contribución anual a Francia. Ya agobiada por éste y otros apremios, al emprender España la segunda guerra contra Inglaterra, echó mano de aquella mencionada desesperada medida: la ampliación a sus dominios de América de la política de desamortización. Con la expectativa de recibir cuantiosos capitales mediante aquel nuevo arbitrio, el gobierno español concertó un préstamo con la casa de Vanleberghe y Ouvrard de París. Según Hamnett, “de acuerdo con el convenio celebrado en París en mayo de 1806 entre el enviado especial de Godoy, Eugenio Izquierdo, y la tesorería de Francia, España se comprometió a pagar a la Casa la cantidad de 34 millones de libras a cambio de los créditos obtenidos. Para cuando fue liquidada la cuenta en febrero de 1808, la Oficina de Consolidación de Madrid había pagado 57.5 millones de reales al agente de Ouvrard, de los cuales casi 40 millones provenían de letras de cambios giradas contra la Tesorería Mexicana de la Consolidación”.³¹

Mas todavía después de esa fecha se siguió exprimiendo a rezagados y apurados propietarios de fincas rústicas en Nueva España. ¡Qué significativo es que uno de ellos fuese Miguel Hidalgo y Costilla! En efecto, desde mayo de 1807 le estaban exigiendo siete mil pesos por los préstamos que, salidos de obras pías, gravaban sobre aquellas haciendas que había adquirido, junto con un hermano suyo, en el oriente de

Michoacán, cerca de Taximaroa. La cantidad era exorbitante para quien tenía años escasos de haber desembolsado para su adquisición. Procuró el cura dar largas al asunto, mas finalmente vencieron plazos y la propiedad fue embargada.³² Para ese tiempo Hidalgo ya tenía un lustro en su nueva parroquia, la Congregación de Dolores. Al parecer este beneficio eclesiástico era algo mejor que el de San Felipe. Sin embargo, la situación de gran parte de los feligreses no era más halagadora: “No tienen aquellos miserables un palmo de tierra para hacer sus siembras”, pues las pertenencias de una hacienda circunvecina todo lo abarcaban”.³³ La estrechez a que lo reducían en lo personal los apremios de la consolidación, hicieron apreciar al cura la angustia de aquellos feligreses. Alternó entonces su ministerio y sus aficiones literario-musicales con una serie de pequeñas empresas que le redituaran a él y a sus parroquianos: la alfarería, la curtiduría, la horticultura, la apicultura y la cría del gusano de seda.³⁴

Entre tanto la alianza con Francia, ya la Francia de Napoleón, había llevado a una constante información de los triunfos del corso y a un reconocimiento de su decisivo papel en los destinos de Europa. Sintiendo común la suerte de Francia y España, del reconocimiento se pasó a la admiración y al aplauso. La literatura francesa siguió volcándose sobre América y aún agentes napoleónicos se diseminaron por el Nuevo Mundo. El periodismo novohispano también se hizo eco de las alabanzas tributadas a Napoleón. En el *Diario de México*, el 14 de febrero de 1806, apareció un soneto cuya conclusión reza así:

Sus triunfos son sin fin... ¡Yo me confundo!
y me atrevo afirmar, que sólo puede
un Bonaparte dar la paz al mundo.³⁵

Por su parte la *Gazeta de México* reproducía noticias sobre las campañas de Napoleón, cartas y discursos suyos. Y para justificar su exaltación, el mismo periódico llegó a criticar “la poca ambición, actividad y vigor de los últimos reyes de Francia”, contraponiéndolo al “carácter de Bonaparte, motivo de donde procede el auge y prosperidad de los pueblos de su imperio... Bonaparte hallará siempre batallones dispuestos a seguir sus banderas, mientras que los de otros príncipes se verán desiertos”. En esta forma la *Gazeta de México* compartía —según su propio testimonio— “las profundas meditaciones hechas por hombres del mayor talento sobre el origen, progresos y efectos de la Revolución Francesa”.³⁶

Dentro de este marco las noticias sobre las relaciones entre Napoleón y el Papa Pío VII fueron interpretadas por la propia *Gazeta de México* de manera muy curiosa: el viaje del Papa Aviñón “hace creer que su santidad con el auxilio del emperador Bonaparte trata de poner en ejecución el gran proyecto de que los protestantes se sujeten al dogma católico y cese tanto daño como éstos han hecho a nuestra sagrada religión ”.³⁷

Con el propósito de arreglar asuntos en Roma y en Madrid Abad y Queipo se había ido a Europa a principios de 1806. El objeto principal de tales asuntos era remover algunos obstáculos que se oponían a la carrera eclesiástica de Abad, en virtud de su condición de ilegítimo. Al parecer no llegó a Roma, pero aprovechó el viaje en España para reiterar ante el gobierno los gravísimos inconvenientes, que ya se estaban siguiendo, de aplicar la consolidación de vales reales a los censos de la Nueva España.³⁸ Como quiera que algunos de los personajes que requería Abad se hallaban en París, allá fue entre mayo y junio de 1806. En el camino hasta Burdeos vio el ejército de Junot, y de Burdeos a París, parte del de Murat,

y el resto de éste, “en cuatro ostentosas paradas que hizo el emperador en aquella capital”.³⁹

Siguió muy de cerca Abad y Queipo el colapso del régimen hispano, pues aún se hallaba en Europa cuando el motín de Aranjuez en marzo de 1808 y cuando las abdicaciones de Bayona en mayo del mismo año. Todavía alcanzó Abad los inicios de la insurrección contra la ocupación francesa, y ya estando en Cádiz aguardando navío para tornar a Nueva España, por agosto de 1808, formó una “proclama a los franceses en que se les hace ver la chocante contradicción entre sus doctrinas y su conducta servil que sufre el despotismo feroz de Bonaparte, y se describe el carácter de este monstruo”.

En aquella proclama Abad y Queipo da por buenos y encomiables varios de los sucesos de la Revolución Francesa, según se desprende del exordio en que interpela a la nación francesa de la siguiente forma:

Pueblo generoso ¿no eres hoy aquel mismo pueblo, que en 91 y 93 proclamó a la luz del universo la solemne declaración de los derechos del hombre? ¿No eres el mismo que deseando vivir bajo el imperio solo de la ley, emprendió una lid sangrienta y llegó a la cumbre de la gloria al través de todo género de obstáculos, a costa de sacrificios inauditos, con el único fin de conquistar la libertad, la igualdad, la independencia? ¿No eres aquel mismo pueblo que ofreció al mundo no tomar las armas para ninguna conquista, ni hacer uso de ellas sino para su propia defensa o para la protección de los pueblos libres u oprimidos que la implorasen, sin mezclarse en los gobiernos de otras naciones? Sí: tales fueron entonces tus sentimientos y sublimes concepciones...⁴⁰

A dos renglones el clérigo de Valladolid se vuelve contra

lo que él considera una desviación de los propósitos y logros revolucionarios, atribuyéndola a nuevos líderes:

Y los jefes de las facciones, más crueles que los tigres, bajo los augustos nombres de patria y libertad, regaron aquel precioso suelo con la sangre de la inocencia y la virtud, y la mancharon con todo género de crímenes. Pero a lo menos conservaron una constitución...

Esta última salvedad se esfuma al hablar Abad contra Napoleón, a quien llama “tirano astuto”, “genio del mal”, “déspota el más absoluto de la tierra”, que no sólo acabó con los partidos políticos, sino también con la patria, con la constitución y la libertad. En tal forma, a juicio de Abad, Bonaparte “desnaturalizó el carácter francés”.⁴¹ La mayor parte del resto de la proclama continúa enderezada contra el emperador y termina exhortando a los franceses a rebelarse contra él, considerando que la reciente intervención en España no iba a tener éxito, según lo preveía Abad, alentado por el reciente triunfo de Bailén.

El discurso de Abad contra la Francia napoleónica se inscribe dentro de una amplia literatura que floreció en toda Hispanoamérica a partir de mayo de 1808. En muchos lugares casi coincidió la jura de Fernando VII como nuevo rey con el consiguiente rechazo de Bonaparte. Otra vez los mismos órganos de difusión cambiaban de rumbo. Gente como Hidalgo no dejaba de reflexionar en la contradictoria mudanza: si Napoleón había sido celebrado como el genio benéfico de Europa e instaurador de la paz, ahora era el pérfido, tirano y monstruo. Si la Revolución Francesa había sido explicada por la ineptitud de los reyes, ahora se retomaban las diatribas lanzadas desde la década de los noventa. Si la relación de Napoleón con el Papa se interpretó como una alianza para

someter a los herejes, ahora se veía como la humillación del pontificado.⁴²

La resonancia de este cambio de opiniones se dejó escuchar en la catedral de Valladolid por boca de Manuel de la Bárcena. Correspondió a él pronunciar el sermón de estilo en la jura de Fernando VII, al mismo tiempo que su amigo Abad redactaba en Cádiz la proclama señalada. El tono es muy semejante.

En Nueva España la proclama de Abad y el sermón de Bárcena se difundieron prontamente. Este último exhortaba también a la unión frente al espectro de una revolución:

Bórrense, pues, ideas, si las hay, enemigas de la concordia; sepúltense las preocupaciones maléficas en un eterno olvido. Abranse los ojos a la verdad y oígaese el grito del interés común... Si se abre la caja de Pandora, se cubrirá de males nuestra patria y, hecha un cadáver, será devorada por buitres que vendrán de lejanas tierras...⁴³

La exhortación de Bárcena venía como anillo al dedo para el gobierno colonial de México. Por aquellos días en la propia capital del virreinato se había debatido públicamente la situación política que planteaba la monarquía sin cabeza. El virrey, la audiencia y el ayuntamiento se declararon por no reconocer al gobierno de José Bonaparte; pero no llegaron a un acuerdo sobre si reconocían o no a las juntas que se establecían en España. El ayuntamiento, dominado por criollos, buscaba a las claras la autonomía. Para ello utilizaba la vieja teoría de que la soberanía originalmente reside en el pueblo, y trasladada al rey, en ausencia de éste, reflúa al pueblo. El sello rusoneano que en virtud de algunas circunstancias pudiera tener esta concepción, se debilita en razón de otras: la francofobia recrudescida en aquellos días.

Prueba de ello es que uno de los principales teóricos de

aqueel movimiento autonomista, el peruano Fray Melchor de Talamantes, mencionaba a Rousseau en su argumentación, mas precisameante para criticar y objetar su doctrina de la soberanía y del contrato social, prefiriendo conceptos más allegados al contractualismo de la escolástica.⁴⁴

El debate se cortó súbitamente, pues la audiencia, dominada por peninsulares, dio un golpe de estado destituyendo al virrey Iturrigaray, que a ratos simpatizaba con los criollos, y encarcelando a los líderes del movimiento independentista. Al tratar de legitimar el golpe, dado la noche del 15 al 16 de septiembre de 1808 los conjurados argumentaron irónicamente que lo habían hecho en nombre del pueblo. Se cancelaba así la vía pacífica del cambio.

Mientras tanto la resistencia española, después del triunfo de Bailén, sufrió graves descalabros. Y aunque la prensa novohispana se esforzaba en paliarlos inventando en cambio supuestas victorias, la verdad de las cosas se iba imponiendo de tal modo, que a mediados de 1809 no se ocultaba a cualquier criollo de cierta cultura que España se perdía. Y tampoco se ocultaba que no pocos españoles colaboraban con los franceses, entre ellos gente ilustre y de primera línea. Muy revelador fue enterarse que José de Azanza era ministro de José Bonaparte.⁴⁵ Azanza, siendo bueno, entrega el reino a los franceses, ¿qué puede esperarse de otros gachupines corruptos o déspotas?

Esta nueva situación puso en guardia a los criollos. Y fueron los inquietos vallisoletanos, —conocidos, amigos o exdiscípulos de Hidalgo— los que tomaron con decisión la iniciativa de fraguar una conspiración que procurase la independencia, escudándose en estos motivos: en primer lugar, sucumbiendo España ante los franceses, habría que conservar este país, no para los traidores gachupines, sino para el cautivo Fernando VII, y en segundo lugar, el derecho a resistir a

quienes se opusieron a esta justa demanda.⁴⁶ La conspiración de Valladolid tomaba vuelo precisamente por los días en que se presentó en aquella ciudad, de vuelta de Europa y de la ciudad de México, Manuel Abad y Queipo. Insistía Abad en la inminencia de un ataque por parte de Napoleón, como política indudable de sus objetivos de expansión, “cuya insaciable codicia contempla a la Nueva España como un manantial inagotable de los tesoros que necesita para ejecutar los proyectos de su loca ambición que aspira nada menos que a la conquista universal de todo el mundo conocido”. Proponía en consecuencia Abad la formación de un numeroso y bien disciplinado ejército, como el de los franceses, que él había conocido durante su viaje reciente.⁴⁷ Coincidió, pues, con los conspiradores en la doble necesidad de aprestarse militarmente contra los franceses y de conservar el reino para Fernando VII. Pero diferían en otros supuestos y en los fines últimos.

A mediados de 1809 la conspiración se desarrollaba con fuerza integrando a otros grupos fuera de Valladolid: Pátzcuaro, Zinapécuaro, Zitácuaro, Tlalpujahua, San Miguel el Grande y hasta Querétaro. Hidalgo se fue vinculando entonces a la conjura a través de tres contactos: en San Miguel, un amigo suyo el militar Ignacio Allende era el corresponsal de los conspiradores vallisoletanos; en Querétaro hacía cabeza Manuel Iturriaga, sucesor del propio Hidalgo en el rectorado de San Nicolás, sujeto de muchas luces, matemático y teólogo, y al igual que Hidalgo, entusiasta e instruido promotor de la cría del gusano de seda; Correa, era el arrendatario de la embargada hacienda de Hidalgo.⁴⁸

Descubiertos los conspiradores de Valladolid en diciembre de 1809, no lo fueron todos los corresponsales. Particularmente quedaron sin ser notados los de San Miguel y Querétaro. Los inodados de Valladolid fueron tratados benignamente, pues en el espíritu conciliador del nuevo virrey, que

también era arzobispo, pesó mucho la inocencia de un objetivo de los conjurados: la defensa contra los franceses.

Entre los libros y papeles que se incautaron a uno de ellos, José María García de Obeso, se encontró en extracto manuscrito y traducido el fragmento de una gaceta extranjera, donde bajo el epígrafe de Libertad e Igualdad se contiene una arenga de Napoleón o algún general francés al pueblo napolitano. Termina con estas expresiones:

Pueblo napolitano: Piensa que las palabras de los reyes son siempre engañosas; y cuán insensato sería, si tú prestaras fe a las de un rey que ha cesado de ser, que te ha perseguido, que te ha hecho traición, te ha despojado y abandonado.⁴⁹

Cae por su peso el paralelismo entre la situación del pueblo napolitano y la del novohispano en relación a sus respectivos reyes. En ambos casos el monarca “ha dejado de ser”; en ambos, no se excluye la sombra de la traición. No deja de llamar la atención que ese documento progálico fuera utilizado por unos conspiradores que también se prevenían contra el invasor francés. La paradoja es semejante a la actitud de Abad y Queipo, que para proteger a la Nueva España de tales invasores proponía la creación de un ejército semejante al francés. De tal suerte, a casi dos lustros de la toma de Nápoles, la libertad y la igualdad esparcidas por los ejércitos franceses como detonante revolucionario, también servían de explosivos en México, junto con argumentos tradicionales, para barrenar el imperio colonial de España.

Mas el aprovechamiento del modelo francés no sólo entraba en los razonamientos de criollo y peninsulares. Ante todo formaba parte de una política bien calculada del propio imperio napoleónico. Al despuntar el siglo XIX había el propósito de crear un fuerte enclave colonial en torno al Golfo

de México con base en las Antillas y en La Luisiana. Sin embargo, en virtud del giro de la guerra, y especialmente de los reveses marítimos, se abandonó por entonces el proyecto y aun se vendió luego la Luisiana a Estados Unidos. Los acontecimientos de Bayona cambiaron de nuevo las cosas y la política respecto a la América Española se reformuló ante lo que parecía puerta abierta para el imperio francés. En estos cálculos el antiguo virrey de México, José de Azanza, debió jugar un papel importante desde el momento que llegó a ministro de José Bonaparte. Napoleón mismo tenía esperanzas fundadas de conservar las colonias españolas de América, con o sin el previsible rompimiento entre ellas y su metrópoli. “Tengo inteligencias en la América Española”, había dicho el emperador al canónigo Escóiquiz.⁵⁰

Para coordinar las acciones de la penetración napoleónica en el Nuevo Mundo fue designado por el gabinete de José Bonaparte un tal Desmolars, quien fijó su residencia en los Estados Unidos de Norteamérica con la comisión de buscar que las colonias hispanas reconociesen a José y contribuyesen a su gobierno. Al efecto se llegó a introducir en Nueva España, a fines de 1808, un folleto intitulado *El dictamen que formará la posteridad de los asuntos de España*, y luego, en la primera mitad de 1809, una proclama de José Bonaparte. En el primero se criticaba la serie de reyes españoles de Felipe III a Fernando VII para concluir con la necesidad de aceptar al nuevo monarca importado. En la proclama de éste, fundándose sobre las renunciaciones de Bayona, calificaba a la Junta Suprema como “oligarquía de hombres amotinados”, y requería consiguientemente la adhesión a su persona y gobierno.⁵¹

No tardó la Inquisición novohispana en recibir ejemplares de tales documentos y en condenarlos. No era necesario. El rechazo a la monarquía importada aun por parte de los criollos fue unánime y rotundo desde un principio. Convenía, pues, a

los intereses napoleónicos insistir por otro camino, y ese fue el que había conducido al éxito en otros casos: provocar la revolución en los países apetecidos.

El propio Napoleón, “al abrir las sesiones del cuerpo legislativo del imperio francés en 1809, se explicó francamente, asegurando en su alocución y dando por sentado que era ya llegado el tiempo de que las Américas Españolas quedasen independientes y que el gobierno francés no se opondría a este paso necesario”.⁵²

Con aquellos propósitos subversivos al menos tres agentes nombrados por Desmolars lograron penetrar en el virreinato mexicano: dos españoles y un francés. Esto debió ocurrir a mediados de 1809. Venían con instrucciones detalladas. Una era el ofrecer a los descontentos criollos “todo el auxilio que fuere necesario, especialmente tropas y repuestos militares, habiendo ya concertado con casas fuertes de Estados Unidos el que les provean de estos objetos”. Junto con ello habría que escoger de entre los criollos las “personas a propósito”, en particular eclesiásticos, a fin de que persuadiesen al pueblo las ventajas de sacudir el yugo de trescientos años: se suprimiría el tributo, se acabarían los nocivos monopolios y se haría justicia a los criollos en sus aspiraciones a ocupar los primeros puestos públicos. Finalmente en las banderas insurgentes se pondría este mote: “¡Viva la religión católica, apostólica y romana; y muera el mal gobierno!”.⁵³ La conexión entre el gobierno de José Bonaparte y los Estados Unidos reforzaba las prevenciones del virreinato frente a la república del norte, puesto que se temía también una invasión angloamericana por Texas para la primavera de 1809.⁵⁴

Es casi inevitable pensar que entre los eclesiásticos elegidos para soliviantar al pueblo estuviese Miguel Hidalgo, tanto más cuanto que un misterioso personaje francés, Octaviano D'Almivar lo visitó en Dolores y conferenció con él. Sin

embargo, me parece que tal personaje no puede identificarse como uno de aquellos agentes. D'Almivar pisó tierras americanas antes de los acontecimientos de Bayona y viniendo de Texas, pasó por Dolores cuando ocurría el derrocamiento de Iturrigaray, por septiembre de 1808. Además no venía como libre visitante, sino más bien en calidad de detenido y vigilado. Habló con Hidalgo —pero al mismo tiempo con otros— sobre sucesos de Francia y en particular acerca del general Juan Víctor Moreau, rival de Napoleón y residente a la sazón en los Estados Unidos. También pasó D'Almivar por San Miguel Allende. Los temas de conversación fueron semejantes.⁵⁵ Aunque D'Almivar no haya sido agente bonapartista, su paso por Dolores y San Miguel fue un estímulo importante en quienes a los pocos meses tomaron la decisión de vincularse con los conspiradores de Valladolid. Ese estímulo consistía en el acrecentamiento de información que confrontada con la ya tenida, permitía a los criollos descontentos confirmarse en la persuasión de que el gobierno colonial les ocultaba las noticias y el metropolitano no era ajeno a la entrega del reino.

Aquel descontento crecía al ritmo de nuevas medidas odiosas. Aunque la Junta Central tuvo un gesto de inicial comprensión hacia las colonias, al suspender la cédula de consolidación; al poco tiempo continuó la exacción de caudales por otros conductos ya ensayados desde antes: los donativos y préstamos, voluntarios en apariencia, mas en realidad igualmente forzosos. Previas exhortaciones del virrey, del arzobispo y demás prelados, se fueron exprimiendo los ya menguados bolsillos de los novohispanos. Se invocaba naturalmente el patriotismo, la religión, el fernandismo y la francofobia. Este último sentimiento se alimentaba a través de múltiples noticias, poemas y comentarios. Significativa fue la publicación de la declaración de guerra a Francia.

España —dice el documento— “no puede hacer la distinción que quisiera entre el gobierno agresor del Emperador Napoleón y la nación francesa, hasta que ella misma abra los ojos y recupere su antigua dignidad”.⁵⁶

Así, pues, todos habían de corroborar de palabra y obra la declaración de guerra. Una forma de presionar en la obtención de recursos era la publicación de las listas de donantes. En julio de 1809 aparecieron, entre muchos otros, los nombres de Manuel de la Bárcena, con 200 pesos, y Miguel Hidalgo con 50. En agosto figuraba el nombre de José María Morelos con 20 pesos.⁵⁷

Esfuerzo apreciable este último, pero que no llegaba a sacar al donante de su oscuridad como un párroco más de la Tierra Caliente. Con todo, en aquel rumbo el tal Morelos era bien conocido por su carácter emprendedor y espíritu solidario. Participaba del resentimiento criollo y al mismo tiempo de una sincera y aun exaltada aversión a Bonaparte. No tanto por la invasión a España, cuanto por maltratar al romano pontífice. Aplaudió, pues, la excomunión de Napoleón, publicada por la *Gazeta de México* en noviembre de 1809. En fin, Morelos que profesaba un profundo respeto y admiración por Hidalgo, su rector en el Colegio de San Nicolás, estaba al pendiente de los sucesos del día.

Todos los criollos, quedaron defraudados al enterarse de que su dinero una vez más no había sido utilizado con buen suceso. Prueba de ello era un nuevo y tremendo requerimiento: la Junta Central quería —y con apremio— 20 millones de pesos en calidad de préstamo más o menos forzoso. Esta fue una de las causas que avivaron en general la fermentación de la Nueva España, y especialmente, la ya mencionada conspiración de Valladolid. Abad y Queipo percibió el peligro y se apresuró, en agosto de 9, a representar ante el virrey y ante la misma Junta Central sobre la impertinencia de tal medida,

proponiendo en cambio otras más viables. Concluía Abad aludiendo a otra noticia, la probable convocación de Cortes: “No quiera Dios que haya cortes, mientras exista un francés en el territorio español... Las novedades de gobierno son en extremo peligrosas en tiempo de agitación. Los recientes sucesos de Francia nos excusan de revolver en prueba los monumentos de la historia”.⁵⁸

Las solicitudes de Abad no fueron atendidas. Su propio e ilustrado amigo Bárcena hubo de ocuparse, mal de su grado, de exhortar al cumplimiento de la nueva exacción “para los urgentísimos gastos de la guerra que justa y gloriosamente mantiene nuestra monarquía contra sus pérfidos invasores”.⁵⁹ Al parecer, la recolección de fondos tardaba, no alcanzó la cifra deseada y nunca sirvió para contener al enemigo francés, que al romper el año de 1810 se apoderaba de Andalucía. A consecuencia de ello se disolvió la Junta Central. En su lugar se estableció la Regencia, circunscrita al puerto de Cádiz.

Las fatales nuevas entraron a Nueva España junto con la primavera. Corrió la voz de alarma. Volvió el requerimiento de donativos, pero esta vez la Península pasó a segundo plano. Era impostergable que la Nueva España preparara su propia defensa. La persuasión de que España se perdía se apoderó de todos y en esa coyuntura el cabildo eclesiástico de Michoacán lanzó una famosa circular, reproducida luego en la Gaceta y en el *Diario de México*. Era una vehemente exhortación a que el clero colaborara decisivamente en la defensa militar de la nación. Se requerían donativos, pero junto con ello se ordenaba que los clérigos predicaran la preparación a la guerra santa: “debemos, en fin, ser los primeros en esta divina empresa por razón de nuestro estado y porque somos también los más interesados, pues si perdemos la patria y el altar, todo lo perdemos”.⁶⁰

La oportunidad de la independencia estaba otra vez a la

puerta. La efervescencia se aceleró y amenazaba con derramar el vaso del descontento, tanto más, cuanto que 1810 representa el clímax de un largo ciclo de desequilibrios económico-sociales, provocados por tres profundas crisis agrícolas: 1785-1786, 1801-1802 y 1810. Esto, aunado al aumento de población, a la inmovilidad de los salarios y sobre todo, al alza continua de los precios, hacía ya insoportable la situación de la inmensa mayoría de los novohispanos: indios y castas.⁶¹ Los criollos, por su parte, —según hemos señalado— estaban resintiendo en toda su agudeza los efectos de la consolidación de vales reales y de los incesantes donativos.

Hidalgo se comprometió entonces y se empeñó definitivamente con la conspiración de Querétaro, mientras que Abad y Queipo, mayo de 1810, retomaba la pluma. Mas no ya como simple canónigo, sino como obispo de Michoacán, electo por la flamante Regencia. A ella se dirigió para hacerle la más apremiante representación: “Nuestras posesiones de América y especialmente esta Nueva España están muy dispuestas a una insurrección general, si la sabiduría de vuestra majestad no lo previene”. Reiteraba el prelado la necesidad de suprimir el tributo, otros impuestos y el carácter forzoso de los donativos; recomendaba el establecimiento del libre comercio y de un ejército respetable y proponía finalmente la designación de un virrey militar. Además de estas medidas el obispo declaraba en tono reflexivo el origen del inminente cataclismo:

El fuego eléctrico de la Revolución Francesa, hiriendo simultáneamente todas las demás naciones, destruyendo las unas, agitando y conmoviendo las otras, puso en movimiento y reunió en estos países los primeros elementos de la división y del deseo ardiente de la independencia. La fuerza revolucionaria de aquella numerosa nación, organizada por un sistema militar el más perfecto, y concentrada

últimamente en las manos de un tirano emprendedor y astuto, le proporcionó los grandes sucesos que sabemos; a los que concurrió tal vez en la mayor parte de la ceguera de todos los demás gobiernos...producto de un despotismo inveterado y de una corrupción general".⁶²

La reflexión de Abad es uno de los testimonios más lúcidos de la época que vinculan la Revolución Francesa y el movimiento de independencia aún antes que estallara. Mas al mismo tiempo queda clara conciencia de que prescindiendo de aquella revolución ya existía elementos de división y deseos de independencia.

Las voces de Abad y Queipo se ahogaban a los cuatro meses en los estruendos del levantamiento de Hidalgo. La noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 el párroco "de genio suave" se determinó a encabezar la revolución de independencia, pero no como guerra o guerrilla más o menos formal y organizada, sino abriendo la cueva de los vientos y destapando la caja de Pandora. La convocación de las masas populares, su levantamiento literalmente general y confuso, la hispanofobia extrema y sanguinaria, así como la invocación de motivos religiosos y patrióticos, sellaron el movimiento arrollador que partiendo de Dolores y pasando por Celaya y Guanajuato, llegó a Valladolid el 17 de octubre de 1810. Abad y Queipo había huido no sin antes haber lanzado tres edictos contra la insurrección. En el primero excomulgaba a Hidalgo y establecía un paralelismo entre su levantamiento y el de la parte francesa de la isla de Santo Domingo, en que fueron degollados todos los blancos, puesto que había entrado "la división y la anarquía por efecto de la Revolución Francesa".⁶³ El segundo escrito reitera las censuras a la insurrección, conmina al arrepentimiento y se refiere a "la anarquía de la Revolución Francesa", como paradigma de lo que estaba

sucediendo en la parte agitada de la Nueva España. Al efecto se sirve de la obra *Investigación de las causas del furor exaltado de la Revolución Francesa* de Roel. En el tercer edicto Abad resume los anteriores, refiere cómo Hidalgo soliviantaba a los indígenas con la promesa de devolverles la tierra e insistía en la posibilidad de absolver a los insurrectos. Pocos meses después, en febrero de 1811, produce un nuevo edicto en que se esforzaba por demostrar que el resentimiento criollo no tenía fundamentos válidos, y ante el cúmulo de violencia desatada —ya habían pasado tres matanzas de españoles— asegura que la insurrección de Nueva España es uno de aquellos fenómenos extraordinarios “sin prototipo ni analogía en la historia de los sucesos precedentes”.⁶⁴ Posteriormente produjo Abad otros varios textos contra la insurrección. En sustancia ya no modificó su postura respecto a ella, bien que estuviera persuadido —y así lo confesaba— de que la inmensa mayoría de los novohispanos querían la independencia.

Por su parte Miguel Hidalgo, habiendo dejado Valladolid, se encaminó a la ciudad de México. A su paso por el valle de Toluca la multitud llegaba a 80,000 personas. A inmediaciones de la capital, dio marcha atrás. Derrotado en Aculco, retornó a Valladolid y de ahí se dirigió a Guadalajara. En bandos, manifiestos o proclamas Hidalgo justificaba el caudillaje de la insurgencia con estas expresiones: “autorizados por la voz común de la nación”, “autorizado por mi nación”, “electo por la nación mexicana para defender sus derechos”.⁶⁵ Las razones que manifestaba para legitimar el levantamiento eran:

Calificar al gobierno español de tiránico y despótico, que ha tenido esclavizada la América por trescientos años, y a los españoles europeos de tiranos y déspotas, usureros, ambiciosos, enemigos de la

felicidad de la América, impíos, traidores, libertinos, vilipendiadores del sacerdocio, asesinos de la religión, del rey y de la patria; que han calificado a los americanos de indignos de toda distinción y honor; que tenían vendido el reino a una nación extranjera, tan pronto a los franceses, tan pronto a los ingleses...y que si así no les constase, nunca hubieran desenvainado la espada contra los europeos.⁶⁶

La serie de motivos se reducía a dos: la prolongada tiranía del gobierno español, y su colmo, la entrega de la Nueva España al extranjero. Consiguientemente Hidalgo había “emprendido libertar nuestro reino de los grandes males que le oprimen y de los muchos mayores que le amenazaban”. La opresión general y permanente, era “la situación más humillante y vergonzosa”, que contrariaba “derechos santos concedidos por Dios a los mexicanos, usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos”; “derechos sacrosantos e imprescriptibles de que se ha despojado a la nación mexicana”; “derechos inalienables que Dios ha concedido generalmente a los hombres”.⁶⁷ En cuanto a la entrega del reino, desde un principio se denunció “la coalición, inteligencias y reprobados arbitrios que se adoptaban de acuerdo con la sublevada estirpe de los Bonaparte sobre la entrega, dimisión, saqueo, exterminio y total ruina de estos afortunados reinos”.⁶⁸ Como pieza en un juego de intereses mayores la Nueva España también corría el riesgo de ser entregada a los ingleses, a cambio del apoyo que ésta daba a los peninsulares insurrectos: “habían determinado entregar este reino cristiano al hereje rey de Inglaterra”. La conclusión de ambos motivos era “ser independientes de España y gobernarnos por nosotros mismos”;⁶⁹ “proclamar la independencia y libertad de la nación”.⁷⁰ Las aclamaciones a Fernando VII aparecen en este contexto como una táctica o en todo caso como un supuesto que no contrariaba una efectiva independencia. Los

fundamentos teóricos de aquel ataque a la opresión y a la entrega del reino parecen ser, al menos en Hidalgo, fundamentalmente tradicionales. Según he señalado, dada su formación y magisterio de teólogo, conocía las tesis de la escolástica contra la tiranía y a favor de un eventual levantamiento. Por otra parte, era opinión difundida entre los criollos que los reyes de España se habían comprometido a jamás enajenar las Indias Occidentales. Faltando el cumplimiento de este compromiso, los habitantes de las colonias quedaban desligados del juramento de fidelidad.⁷¹ Así, pues, parecería que en principio no habría necesidad de acudir a razonamientos emanados del enciclopedismo o de la Revolución Francesa para justificar el movimiento de independencia.

Sin embargo, la impronta de esa Revolución y de sus pensadores está presente en el mismo Hidalgo, que sintetiza argumentos antiguos y nuevos. No se trata, por otra parte, únicamente de comprobar que la Revolución Francesa había desencadenado una serie de hechos que culminaban en una coyuntura favorable a la independencia, sino de asumir como influjo directo, elementos fundamentales de aquella Revolución. Las invocaciones reiteradas a los derechos otorgados por el Dios de la naturaleza; la repetida autorización dada por la voz común de la nación; “los clamores de la naturaleza” contra la esclavitud, la resolución “de vivir en la libertad de hombres”,⁷² no pueden desligarse de un contexto en el que las voces de otros conspiradores o críticos van definiendo el campo de comprensión plena de las expresiones de Hidalgo. Tales son los casos ya reseñados o aludidos de los pasquines de 1794, de las críticas de los seminaristas en el mismo año, de las pesquisas en el convento de Salamanca al año siguiente, del proceso de Manuel de la Bárcena en 1806, de los conspi-

radadores de Valladolid de 1809 y del mismo Abad y Queipo en diversas ocasiones.

Así, pues, en las deliberaciones de Hidalgo, —y valdría también de otros caudillos— se fue formando una síntesis: la reflexión sobre la realidad a la luz de la tradición y de las nuevas doctrinas revolucionarias. En éstas —me parece— el elemento más apreciado por Hidalgo es la declaración de los derechos del hombre, y extensivamente, los derechos de las naciones. —Sublimes concepciones” de la Revolución Francesa, como había señalado el propio Abad y Queipo.⁷³ A estas luces hay que agregar la sombra del Terror, proyectada sobre las matanzas de gachupines. Todo ello converge en el último escrito de Hidalgo antes de caer prisionero cuando rechazó el indulto a una con los demás jefes:

resueltos a no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de la nación y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió a todos los hombres; derechos verdaderamente inalienables, y que deben sostenerse con ríos de sangre, si fuese preciso.⁷⁴

NOTAS

1. José Bravo Ugarte, 1964, p. 20.
2. “El Obispo Abad y Queipo y el doctor Balmis”, 1935, No. 5, pp. 646, 651; No. 6, p. 936.
3. Xavier Tavera Alfaro, 1969, p. 4.
4. Lucas Alamán, 1849, I, pp. 124-125.
5. *Ib.*, p. 133.
6. David Brading, *Al.*, 1983, p. 53.
7. Francisco Morales Padrón, 1969, p. 357.
8. Gabriel Méndez Plancarte, 1935, pp. 139-196. Nicolás Rangel, 1930, pp. 15-30. Juan Hernández y Dávalos, 1877-1882, I, pp. 148-150. Luis Castillo Ledón, 1972, II, p. 177.
9. A.G.N., *Historia*. C. 258, A.

10. Richard Herr, 1975, pp. 197-221; 247-249.
11. *Gazeta de México*, martes 14 de mayo; sábado 22 de junio, 1793.
12. Carlos Herrejón Peredo, 1987, pp. 28-29.
13. Germán Cardozo Galué, 1973, pp. 137-140.
14. Nicolás Rangel, 1932, I, pp. 137-139.
15. *Gazeta de México*, martes 9 de julio, 1793.
16. AHCM, 090.01.16. Agradezco al Mtro. Oscar Mazón la comunicación de este texto.
17. Nicolás Rangel, 1932, I, p. 151.
18. A.G.N., *Inquisición*, V. 1361, fs. 1,8,4,5,17.
19. A.G.N., *Inquisición*, V. 1318, exp. 20. fs. 201-213.
20. En la segunda edición, Filadelfia, 1822, p. 247.
21. Oscar Mazón, 1987, pp. 146-147.
22. Antonio Pompa y Pompa, 1960, pp. 59, 94, 95, 98, 37, 125, 45, 47.
23. *Ib.*, pp. 50, 68, 105, 14, 61.
24. Lillian Fisher, E., 1955.
25. Manuel Abad y Queipo, 1813, pp. 1-65.
26. Antonio Pompa y Pompa, 1960, pp. 9-11; 36-38; 109-110; 119-120.
27. A.G.N., *Inquisición*, vol. 1433, exp. 15 y 16, fs. 69-148.
28. José María Luis Mora, 1965, II, p. 263.
29. Manuel Abad y Queipo, 1813, pp. 66-94.
30. José María Luis Mora, 1965, II, p. 263.
31. Brian R., Hamnett, 1985, p. 55.
32. David A. Brading, 1970, pp. 15-82.
33. Agustín de Morfi, 1980, p. 75.
34. Luis Castillo Ledon, 1972, I, pp. 85-88.
35. *Diario de México*, 14 de febrero, 1806, No. 137.
36. *Gazeta de México*, 8 de enero, 1806.
37. *Gazeta de México*, 27 de septiembre, 1806.
38. Manuel Abad y Queipo, 1813, pp. 66-94.
39. *Ib.*, p. 127.
40. Manuel Abad y Queipo, 1813, p. 113.
41. *Ib.*, p. 114.
42. *Diario de México*, 2, 25 y 26 de mayo, 1810, Nos. 10672, 10695, 10696. *Gazeta de México*, 4 de marzo y 4 de noviembre, 1809.
43. Agustín García Alcaraz, 1971, p. 289.
44. Genaro García, 1910, VII, p. 384.
45. *Gazeta de México*, Extraordinaria, 2 de noviembre, 1809.
46. Genaro García, 1910, I, p. 468.
47. Manuel Abad y Queipo, 1813, pp. 122-129.
48. Genaro García, 1910, I, pp. 253-410; 467-471. José María Luis Mora, 1965, III, pp. 19-21.
49. Genaro García, 1910, I, pp. 356-358.
50. Timothy E. Anna, 1986, pp. 55-56.
51. Ernesto de la Torre Villar, 1947, pp. 275-325.
52. José María Luis Mora, 1965, II, p. 319.
53. *Ib.*, III, pp. 23-36.
54. Timothy E. Anna, 1986, pp. 67-68.
55. Antonio Pompa y Pompa, 1960, pp. 232-233. Genaro García, 1910, VI, pp. 14, 43.
56. Antonio Arriaga, 1947, pp. 25-26. *Gazeta de México*, 24 de septiembre, 1808; 4 de octubre, 1808; 1o. de febrero, 1809.

57. *Gazeta de México*, Extraordinaria, 18 de julio, 1809; 11 de agosto, 1809.
58. Manuel Abad y Queipo, 1813, p. 140.
59. Antonio Arriaga, 1947, pp. 11-13.
60. *Ib.*, 1947, pp. 50-43. *Gazeta del Gobierno de México*, 24 de abril, 1810. *Diario de México*, 22 de abril, 1810, No. 10664.
61. Enrique Florescano, 1969, pp. 194-197.
62. Manuel Abad y Queipo, 1813, p. 149.
63. Juan Hernández y Dávalos, 1877-1882, II, p. 104.
64. *Ib.*, II, pp. 914-921; II, pp. 152-154; IV, pp. 882-888.
65. *Ib.*, I, pp. 119-120; II, pp. 404.
66. Antonio Pompa y Pompa, 1960, pp. 241, 329.
67. Carlos Herrejón Peredo, 1987, pp. 230, 207-209, 245.
68. Ernesto Lemoine Villicaña, 1965, pp. 158-159.
69. Luis Castillo Ledón, 1972, pp. 36, 32.
70. Juan Hernández y Dávalos, 1877-1882, I, pp. 116-117.
71. Francisco del Paso y Troncoso, 1942, XVI, p. 4. Guadalupe Nava Oteo, 1973, p. 137.
72. Juan Hernández y Dávalos, 1877-1882, II, pp. 243, 297, 298.
73. Manuel Abad y Queipo, 1813, p. 113.
74. Juan Hernández y Dávalos, 1877-1882, I, p. 404.

FUENTES

Manuscritas

AGN Archivo General de la Nación, México, D.F.

AHCM Archivo de Haceduría, Catedral, Morelia, Mich.

Impresas

ABAD Y QUEIPO, Manuel, *Colección de los escritos más importantes que en diferentes épocas dirigió al gobierno*, México, Mariano Ontiveros, 1813.

ALAMAN, Lucas, *Historia de Méjico*, México, Imp. J. M. Lara, 1849.

ANNA, Timothy E., *España y la independencia de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

- ARRIAGA, Antonio, *Los derroteros que recibió el caudillo don José María Morelos*, Morelia, Fimax, 1947.
- BRAVO UGARTE, José, *Historia sucinta de Michoacán III, Estado y Departamento (1821-1962)*, México, Jus, 1964.
- BRADING, David A., "La situación económica de los hermanos don Manuel y don Miguel Hidalgo y Costilla, 1807", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, enero-junio 1970, T. XI, Nos. 1-2.
- BRADING, David A., *Mineros y comerciantes en el México borbónico 1763-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- CARDOZO GALVE, Germán, *Michoacán en el siglo de las luces*, México, El Colegio de México, 1973.
- CASTILLO LEDON, Luis, *Hidalgo: la vida del héroe*, México, Cámara de Diputados, 1972.
- Diario de México*, México, T. II, 1806; T. XII, 1810.
- "El Obispo Abad y Queipo y el doctor Balmis", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, sep-oct, nov-dic; 1935, T. V, Nos. 5 y 6.
- FISHER, Lillian E., *Champion of reform Manuel Abad y Queipo*, New York, Library Publishers, 1955.
- FLORESCANO, Enrique, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México 1708-1810*, México, El Colegio de México, 1969.
- GARCIA ALCARAZ, Agustín, *La cuna ideológica de la Independencia*, Morelia, Fimax, 1971.
- GARCIA, Genaro, *Documentos históricos mexicanos*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.
- HAMNETT, Brian R., *La política española en una época revolucionaria 1790-1820*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- HERNANDEZ Y DAVALOS, Juan, *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia*, México, Imp. José Ma. Sandoval, 1877-1882.
- HERR, Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1975.
- HERREJON PEREDO, Carlos, *Hidalgo: Razones de la insurgencia y biografía documental*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987.
- LEMOINE VILLICAÑA, Ernesto, *Morelos: su vida revolucionaria a través*

- de sus escritos y otros testimonios de la época* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.
- MAZIN, Oscar, *Entre dos majestades*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987.
- MENDEZ PLANCARTE, Gabriel, "Hidalgo reformador intelectual", *Abside*, México, abr-jun 1935, XVII.
- MORA, José Luis, *México y sus revoluciones*, México, Porrúa, 1965.
- MORALES PADRON, Francisco, "México y la independencia de Hispanoamérica en 1781", *Revista de Indias*, Madrid, enero-diciembre 1969, Nos. 115-118.
- MORFI, Agustín de, *Viaje de indios y diario del Nuevo México*, México, Porrúa, 1980.
- NAVA OTEO, Guadalupe, *Cabildos de la Nueva España en 1808*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del, *Epistolario de la Nueva España*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1942.
- POMPA Y POMPA, Antonio, *Procesos inquisitorial y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.
- RANGEL, Nicolás, "Estudios literarios de Hidalgo", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, sep-oct 1930, T. I, No. 1.
- RANGEL, Nicolás, *Los precursores ideológicos de la guerra de independencia*, México, Archivo General de la Nación, 1932.
- TAVERA ALFARO, Xavier, *Proclamación de Carlos IV en Valladolid 1791*, Morelia, Gobierno del Estado, 1969.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la, "Hidalgo y las proclamas de Bonaparte", *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, jul-sep, 1947, T. XVIII, No. 3.